

dían; pero salieron tranquilos, sonrientes, sin el temor a la policía ni la inquietud del sacrilegio.

Recordaban la navegación de Budapest a Viena, en un vaporcito danubiano festoneado de luces, como una cabalgata, y el viaje de Viena a Praga, de Praga a Linz, mientras los abogados y los jueces se ocupaban en su divorcio; viajes sobre asientos blanquísimos, en trenes deliciosamente tibios, que llevaban a los lados guirnalda de tómpanos y adornos de nieve.

La noche de fin de año la pasaron en un cabaret de Viena, de vestíbulo futurista, donde las señoras dejaban sus enormes abrigos de pieles, y entraban en la sala marcando con sus pies el ritmo de la música de Kálman y de Stolz. Entre cada dos mesitas poníase el violín de espalda, como para inocular en las mujeres su música subcutánea, y en las pausas lanzaba el arco a lo alto, y lo recogía con la destreza de un malabarista, volviendo a tocar; un fakir indostánico vendía trozos de cuerda de ahorcado. Mélitta había comprado una; estaba demasiado nueva; pero había servido; a menos que el suicida no fuera un higienista. Una vendedora de golosinas pasaba en clámide griega y sandalias de antilope, con la solemnidad hierática de una portadora de ofrendas, exclamando:

—*Backerei! Backerei!*

Mauro había preguntado a Mélitta si *Backerei* era un dios del Walhalla, a quien la sacerdotisa dedicase bizcochos y mieles.

—Tontine: quiere decir dulces; quiere decir *petits-fours* (1).

Y desde aquella noche, *Backerei* había quedado como sinónimo de golosina, y muchas veces ella, desde entonces, estirándose lánguidamente como una gatita, y frotándose contra su cuerpo, se le había ofrecido voluptuosamente, mayándole así:

(1) Pequeñas golosinas.

—*Backerei!*

Al filo de la media noche, las luces se habían apagado durante un instante, entre estallidos de besos y de risotadas. Encendidas de nuevo, un des-hollinador, acogido con terror hilarante, se metió por entre las mesas, distribuyendo ramitos secos de un gran manojo. Un caballero checo, en un lenguaje lleno de *v* y de *z*, preguntó a Mauro si le permitía golpear con su propio ramito las espaldas de su rubia compañera, y añadió que eso daba suerte.

¡Suerte! En seguida todas las mujeres ofrecieron sus espaldas a los vecinos, mientras los taponos de los espumosos, proyectados contra el techo, caían sobre los cráneos y sobre las mesitas.

¡Suerte para todo el año! ¡Qué triste estaba Mélitta en aquella fiesta! Nada lograba hacerla reír: ni las gracias de los payasos bohemios que en el palco escénico central se quitaban, uno después de otro, hasta cincuenta chalecos; ni el *clown* servio que se hacía extraer un diente grueso como un sombrero de copa de cuya raíz cariada saltaban fuera algunas ratas blancas. Mélitta sabía que el año recién nacido no iba a procurarle más que amarguras.

Los lazos de las serpentinas se entrelazaban con los mechones de acebo y de musgo que colgaban de las lámparas, bajo las cuales las espirituales vienasas de dientes de oro masticaban cigarillos, elaborados con una especie de mostaza capaz de hacer estornudar a las estatuas, mientras la orquesta imitaba la voz solemne del *harmonium*.

No se reía Mélitta, ni siquiera cuando cierta cocotilla un poco bebida cantaba el «*ridi pagliaccio*» en húngaro, con la boca llena, ni cuando el jefe de los camareros—el *ober*—solemne como un ministro, pasó con una enorme jeringa para lanzar al techo largos chorros de *lysoform*, que caía en un polvillo irisado sobre las fumadoras y sobre los jarros de cerveza.

El año naciente prometía días mejores a todos:



a Mélinna, no. Mélinna era un enfermo a quien los buenos augurios no hacen sonreír, porque conoce el inevitable progreso de su mal. Un turco vendedor de tapetes, que decía hablar todas las lenguas y haber viajado por todo el mundo, se había inmobilizado delante de su mesa, jurando por sus parientes próximos y remotos, ascendientes, descendientes, consanguíneos, afines y colaterales, que sus tapices venían directamente de Esmirna, y que dos casaditos como Mauro y Mélinna los necesitaban con la mayor urgencia.

—No estamos casados—había proclamado Mélinna en italiano.

Entonces el turco políglota, presa de un inopinado deseo por la italiana rubia, le había ofrecido la propia merced a cambio de la suya:

—¿Tú bailar? ¿tú cantar? Tú gustarle mucho a Ahmed Alí Kamel. Si tú dormir con Ahmed Alí Kamel, Ahmed Alí Kamel regalarte tapetes turcos, los más bonitos de su zapatería turca.

Y señalando a Mauro:

—Tú no dormir con austriaco: austriaco es *mabulbezef*.

—¿*Mabulbezef*?

—¡Estúpido!—tradujo el turco.

Y como Mélinna no quiso traicionar al «austriaco» Mauro, para complacer al turco, el turco se alejó de allí blasfemando como un cristiano. Durante unos instantes, el cabaret entero calló, para gustar las maldiciones del mercader fracasado en amor, una de esas maldiciones pintorescas y compendiadas de los musulmanes que se extienden a los antepasados y a la posteridad, sin olvidar las ramas ciegas, los padres putativos, los hijos ilegítimos, el médico de la familia y los vecinos de la casa.

Aquella noche habían vuelto al hotel más enamorados que nunca, y hasta el alba se abandonaron a dulces, enervantes e inagotables *Bäckerei*.

Pero a fuerza de tanto *Bäckerei*, una mañana

Mélinna sintió cierta curiosa languidez, una sensación de náuseas, y el espejo le reveló una palidez insólita. Cogió con fastidio el perfume de sus propios polvos, y no quiso oír hablar de la mermelada de guindas. El consultado doctor Wolf, de los dientes de oro, había sentenciado:

—*Sie sind schwanger* (1).

—¿Está seguro?

—La certeza absoluta no se tiene hasta el cuarto mes, cuando se siente el latido fetal; pero por ahora sin embargo puede afirmarse que sus náuseas y su repugnancia por la mermelada de guindas, no tienen como causa ninguna mala digestión.

El doctor Wolf es un tipo de vodevil: estilizado y acicalado como si cada cliente que acudiese a su consulta a contarle sus desgracias fuese una amante en el primer encuentro, recibe en salones misteriosos, de muebles frívolos, de sombras discretas, y entre una lágrima y otra de la infeliz pecadora, le ofrece licores delicados que no tienen parentesco ninguno con el trivialísimo elixir chino que nuestros médicos se hacen regalar por su cómplice el farmacéutico. Si en el reino de Citera el democrático rey Cupido quisiese crear un servicio sanitario, nadie tan indicado como el doctor Wolf, el cual (dirección a conservar) vive en Budapest, en la calle de Cualquiera el Grande. Se ocupa de todas las enfermedades derivadas del amor, de las imprudencias en amor, de los excesos en amor, de la desgracia en amor; y su clientela abarca desde la niña inexperta que habiendo querido llegar demasiado pronto al amor espía su anticipo con un retraso inquietante, hasta el venerable magistrado jubilado, que nunca hubiese pedido voluntariamente la jubilación en amor, pero que se la han dado también. No es preciso añadir que el doctor Wolf fué el primero en aplicar en la capital húngara el método de la desmoniza-

(1) Está usted embarazada.



ción de los monos jóvenes para la monización de los hombres viejos. Muchas señoritas honestísimas que, no queriendo llegar al matrimonio mal preparadas, se habían ejercitado anteriormente en el arte de parir, por obra y gracia del doctor Wolf, exquisito remendón de virtudes estropeadas, pudieron ofrecer al esposo el más impenetrable misterio de hermética pureza. A sus clientes que han pecado por abuso de dulzura, él les habla dulcemente, con palabras confortables, y no hace la más insignificante operación sin haber insensibilizado la parte dolorida. En ciertos casos, como el de Méliita, cuya sensibilidad dolorífica era una cosa excepcional, llegó hasta a la anestesia completa. Opera con la ayuda de un barbudo ayudante, que le sirve también de consolador para los clientes masculinos. Todos saben (y los que no lo saben están a tiempo todavía de saberlo por experiencia) que cuando el especialista dice:

—Ah, mi querido señor, usted tiene la...

—¡Yo me mato!—exclama el cliente, y añade:—soy hombre arruinado, hombre acabado—y sigue en ese tono hasta agotar las reservas de su vocabulario.

Entonces el médico le coloca un discurso, que dura de media hora a cuarenta minutos, para calmar su desesperación y darle valor. Pero el doctor Wolf que tiene una clientela numerosísima para desperdiciar porque si media hora de tiempo en una obra franciscana de confortación verbal, confía al ayudante de la barba, figura ascética de capellán de cárcel, el encargo del discursito consolador.

—Rodolfo.—le dice—salón verde.

Y Rodolfo halla, en el salón verde, un caballero hundido en el más profundo de los sillones.

—No se desespere, ilustre señor—exclama el viejo Rodolfo, alisándose la cándida barba.—La suya es una enfermedad de fácil curación, y tan extendida que ya los bacilos perdieron buena parte de su primitiva virulencia. Solamente en Budapest hay ya cien mil hombres en las mismas condiciones que

usted, y están muy bien, se cuidan de sus negocios y tienen una familia sana; todos ellos estaban decididos a suicidarse, pero después se abstuvieron: conque si llegan a hacerlo, a estas horas estarían arrepentidísimos. Dentro de dos días, esa úlcera desaparecerá, y después de la tercera inyección, el mal no será contagioso. Pero la cura es larga y va a ser hecha con una solicitud escrupulosa; la mayor parte de las aortitis, parálisis progresivas, ataques de hígado, encefalitis sifilíticas, reblandecimientos medulares, demencias paralíticas y muertes repentinas que sobrevienen a los que se ponen en cura, es por haber interrumpido ésta, creyéndose curados, después de quince días de inyecciones. Yo mismo, que tengo setenta y ocho años, he padecido su enfermedad, pero gracias a una cura asidua y constante estoy bien y mis doce hijos son padres, a su vez, de niños sanos...

Y sigue en este tono, hasta que un campanillazo del doctor Wolf le llama:

—Rodolfo, salón rojo.

Y en el salón rojo le espera un cliente casi en estado preagónico:

—No se desespere, ilustre señor: la suya es una enfermedad de fácil curación, y tan extendida que ya los bacilos perdieron buena parte de su primitiva virulencia. Solamente en Budapest...

\*  
\* \*

Mauro se lo había pedido con las palmas juntas.

—¡No vayas al doctor, Méliita!

—¿Dejarlo venir al mundo? ¿Y quién lo cuidará?

—Yo.

—¿Quitarle a un niño la madre? Es un delito. Y yo no puedo tenerlo conmigo. Mi padre me anularía. Mi padre tiene la fuerza tremenda del dinero.



—Lo tendremos nosotros.

—¿Nosotros? Después de la reparación del matrimonio tendrías que hacerme la de la maternidad.

—¡No, chiquilla! Rompemos estas estúpidas prácticas para el divorcio, y nos amamos ya en adelante de la manera más pacífica y más legal.

—Más estúpido aún. Tú no podrías seguir queriéndome. Es necesario que no nazca nuestro hijo.

Mauro la miró con gran lástima.

—Muchacha, discurre como una campesina. Desciendes al nivel de una mujer cualquiera. Te resignas a abortar, como hacen las demás. Tu amor a la lealtad, a la pureza sin prejuicios lo dejas en el lecho clínico de un ginecólogo.

—Amigo mío, el hijo no es una abstracción, sino una realidad. Una realidad que me veo obligada a suprimir. Lo mato ahora, para que luego no tenga que morir de hambre. Si naciera, mi padre nos dejaría sin pan a él y a mí. Nos echaría a los dos a la calle. Me ha enviado al extranjero a divorciarme, no a hacer hijos. Y volveré a casa con el nombre de la señorita Virgili. Una señorita de buena familia conservadora no puede hacer hijos. Debe matarlos antes de que nazcan. Es la sociedad quien lo quiere; es la moral quien lo manda. Hay que suprimir una vida, para que la moral se salve.

Vestida con unas claras telas primaverales, se dirigió ella sola a la clínica del doctor Wolf, dando una gran vuelta a pasos lentos por el *Donauquai* (1) lleno de un sol débil y de gente alegre que se apresura a embarcar en los barcos-moscas, que hacen el servicio entre Pest y Buda. El Danubio era azul como el mar, como el Danubio azul de la sinfonía de Strauss. En una confitería compróse un cartucho de *fondants* (2) y, desgranándolo entre

(1) Muelle del Danubio.  
(2) Bombones.

sus pequeños dientes, subió las escaleras de mármol del doctor Wolf.

—Soy muy sensible al dolor físico. No me haga sufrir.

El médico le aplicó el esteroscopio sobre el seno izquierdo:

—Corazón sano.

—¿Soportaré el narcótico?

—No lo sé, pero crea usted, señora, que el narcótico total es demasiado para una operación como ésta.

—Le repito, doctor, que mis nervios multiplican por cien las sensaciones: lo que para los demás es una molestia, para mí es un dolor; lo que para los demás es un dolor, para mí es una tortura.

—Está bien.

Cuando tuvo en el rostro la máscara Juilliard, experimentó una sensación de fresco, de frío, de hielo, mezclado con la amargura del éter que se volatilizaba por la nariz. Las palabras del médico y del ayudante se deformaban, estirándose, diluyéndose en lontananza. No se diferenciaba aquello de la embriaguez que le produjo en un bar de la Cannebière el *cocktail-ether* de un licorista americano. Los ruidos se hacían débiles y lejanos, tan lejanos que se les veía como elevarse en el silencio, en alto, muy en alto, donde nada se mueve, donde nada se oye. Una sensación de alejamiento. Probó a hablar; empezó una frase, pero algo así como una gota más fuerte que ella, la partió por la mitad. Entonces le pareció que bajaba de lo alto a grandes saltos, y que venían a su encuentro paisajes henchidos de color y pletóricos de luz, girando en vastos espirales y transformándose continuamente: personas y ambientes de las *Mil y una noches*, condensados en una vuelta de pocos minutos en el cerebro de un calenturiento. Los hierros tintineantes en los receptáculos de vidrio, repetían la canción en boga de Franz Lehar.



—Pero, doctor, ¿qué espera? ¿Cuándo empieza a operarme?

—He terminado, hija.

Abrió los ojos, y experimentó una curiosa turbación en el rostro. El médico le hablaba y ella no le veía. Veía solamente, contra el gran rectángulo luminoso de la ventana de vidrios esmerilados, un microscopio amarillo, inclinado sobre un espejito redondo.

Algunas horas después, hallándose en un blanco aposento de la clínica, sus ojos tropezaron con los húmedos de Mauro; y al día siguiente volvió con él al hotel, a aquella estancia altísima, desde donde la isla de Santa Margarita aparecía como un compacto macizo de flores.

Pero desde entonces le había entrado en la sangre una tristeza opresiva como una enfermedad.

—No tendré nunca hijos—murmuró un día.—¡Mi hijo era aquél; mi único hijo era el tuyo!

Y después balbuceó unas palabras confusas que Mauro no entendió bien; le pareció que decía: «lo he matado yo».

Vino el divorcio. Mauro quería quedarse en Hungría unos días más, pero ella respondió secamente:

—He telegrafiado ya a casa que lleve el jueves.

\*  
\* \*

Y ahora, cerrados en la celda color lila, de regreso ya, cruzaban una llanura florida, de un tono rosa de primavera, y abrazados como dos suicidas, se repetían uno a otro, temblando, los nombres de las estaciones.

En el corredor del coche-cama, una nodriza coreográfica se esforzaba en distraer a un niño melancólico, cantándole canciones más melancólicas que el niño, en las que con insistencia se hablaba de fresas.

—Las fresas de San Juan—explicó Mélitta.—Es

una delicada leyenda extendida por muchos países de Europa. El día de San Juan, la Virgen reúne a todos los niños que viven en el Paraíso, y por encantadores senderos florecidos de lirios, los lleva a sus magníficos jardines, en donde les ofrece las más hermosas fresas de las platabandas celestiales.

—Es curioso.

—Y las madres de luto, las madres que tienen un niño en el Paraíso, el día de San Juan rehúsan las fresas, por temor a que la Virgen le diga a su pequeño: «Hijo mío, no hay fresas para ti, porque tu madre, en la tierra, se ha comido ya tu parte.»

Mélitta miró, a través de las cortinillas, al niño melancólico.

—También yo tengo un niño en el Paraíso.

El tren se paró. Entraron los aduaneros a meter sus patas en la delicada ropa blanca de las maletas.

Y el último tramo del viaje también se cumplió; parecía que uno acompañase a la otra a la orilla de un mar, en donde hubieran de embarcar para un viaje sin retorno. Se estrechaban las manos, en un abandono de recíproca ternura, como a través de los barrotes de hierro se saludan por última vez los que se quedan llorando y los que se van muy lejos, a espiar una larguísima condena. Una palabra, una leve palabra inexpresiva, les devoraba interiormente; una leve palabra, que expresa una cosa vasta y tremenda: el fin desgarrado por el sufrimiento:

—Jamás.

Tal vez evocaron íntimamente los dos, en aquel supremo momento, el pequeño lago alpino, coronado de mechones de árnica amarilla: «Allá arriba volverán otros amantes, y repetirán nuestro idilio; y los halcones girarán sobre sus cabezas, como han girado sobre nuestro amor. Pero nosotros no lo veremos jamás.

—¡Jamás!

Bajaron: se separaron llorando, y la muchedumbre los dividió.



## 11

Iluska hizo una ligera tentativa de rebelión.

—¿Casarme con un hombre que habla latín? Me parecerá que me meto en la cama con un breviario.

—Pues ¿qué quieres hacer sola por el mundo? Necesitas un hombre que te guíe.

Un día recibió una larga carta de enhorabuena y de aliento, de una señora amiga de la familia. Otro día, un ramo de flores de una prima. Un pariente lejano, encontrado al azar, le preguntó cuándo era la boda.

—¿La triste ceremonia? — respondió ella.—No lo sé.

La tía, Donatella, el profesor, llevaban a casa grandes paquetes, hablaban de documentos, iban y venían a la Alcaldía, señalaban fechas.

—Pero ¿cuándo he dicho yo nunca que sí?—preguntaba Iluska.

Ella daba vueltas por la ciudad, por la colina, y volvía a casa cansada.

Una mañana se halló ante la casa de Mauro. Llamó. Volvió a llamar.

Retornó al día siguiente.

—Se le ve muy poco—dijo la portera.

Le escribió. No tuvo respuesta.

En casa preparaban la exposición del equipo, y enviaban tarjetas de invitación.

Iluska se halló en casa un día de Mayo, lleno de vibraciones luminosas, en el que hubiera sido tan delicioso quedarse junto a la ventana, sola, en silencio. Pero la estancia fué invadida por señoritas maliciosas, damas comadres y hombres irónicos, que admirando el equipo de la novia, comentaban, a la vez que la finura de los tejidos, las dimensiones del continente, para sacar deducciones del contenido. En un impetu de rubor y desdén, hubiera querido echarlos a todos de casa, pero juzgó más sencillo, marcharse, sin saludar a ninguno. Se quedó el profesor, feliz, tragándose las sonrisas de dos o tres colegas, los cuales, discutiendo sobre los sistemas de engarce y sobre el mecanismo de los botones, se reían de él que iba a tener la dicha de admirar todas aquellas pícaras cosas en pleno funcionamiento.

La misma noche de la llegada llevaron a Iluska a su casa, para que admirase las muestras de buen gusto del esposo y apreciase la minuciosa previsión de la tía. Pero ella suspiró de alivio cuando volvió a hallarse en la casa paterna, en su camita de soltera.

Llegaron los regalos.

Estuches de terciopelo, estuches de seda, estuches de cuero, 80 cubiertos, 7 lápices de oro, con doce minas de recambio cada uno (en total, 84 minas); tres servicios de helado, un catalejo, 12 gemelos de madreperla, 5 juegos de té, un cuadro de Donatella (marina); un pequeño tapiz de Donatella (pequeña marina); un piano vertical, regalo de cierto tío del novio. Advertencia: ni el novio ni la novia se conocían apenas. Un piano de cola (otro tío; véase la advertencia); un servicio para espárragos; un corta-criadillas, de plata; 3 gramófonos con discos dobles; 8 pinzas de plata, para el azúcar; 46 piezas, entre vasos, frascos y cajitas de cristal, porcelana y *biscuit*.